

Acariciando barcos

ODINA SIEMPRE



AGUSTÍN JORDÁN ROMERO

AQUÍ ESTAMOS...

Aquí estamos.
En Arenys de Mar.
¿Qué hago aquí?
Dando una nueva vida a la Odina.

La Odina es un sardinal de unos 10 metros de eslora, de madera, 70 años de historias atrapadas en sus cuadernas, que me cuenta mientras la reparo.

Me costó que confiase en mí.
Era muy tímida.
Fue difícil llegar a sus cuadernas.
Poco a poco se fue fiando.
Luego me confesaría que hacía mucho que nadie se daba cuenta de lo que ella verdaderamente necesitaba.

Cuando me la presentaron estaba atracada en el muelle del náutico de Arenys de Mar.
Aunque ya la conocía de vista.
Hace años, en el Salón Náutico de Barcelona, cuando la vi por primera vez, me pareció un engendro, como si hubiera nacido con una deformidad.
Me enteré que esa deformidad le vino después, en la madurez, cuando había sido jubilada de su vida profesional.



Un día, la Odina se despertó atracada en el muelle del olvido, donde ella había visto morir muchos barcos.

Le costó mucho aceptarlo.

No le podía estar pasando.

A ella, que entregó su vida a la familia desde el día de su botadura. Les trajo progreso. Nunca le faltó valor al enfrentarse a cualquier temporal y llevarles a puerto seguro.

La familia no le podía hacer eso.

La habían sustituido por un barco más moderno, de fibra.

Y, como si fuera poco, desde el otro lado del puerto, oía como hablaban de las ventajas de su sustituto: que caminaba más, que tiene sonda, radar, piloto automático, todo y más.

En el muelle del olvido se encuentra la Odina.

Sin que nadie baldee su cubierta.

Sin que nadie alivie el dolor de las quemaduras del sol.

Sin que nadie pinte sus heridas.

Aun así, se mantuvo a flote, con la esperanza de que alguien se fijase de nuevo en ella.

Un día, muy temprano, aparecieron en el muelle del olvido unos cineastas y le propusieron hacer una película.
Para poder participar tendría que cambiar sus formas.
Tendría que ser más grande por la popa.
Aumentar la obra muerta.
Parecer un barco más robusto.

Se asustó, la Odina.
De inicio, no supo que decir.
Pero, en un arranque de valor, les dijo: “Sí, lo haré”.
Abandonó el muelle del olvido.
Con nuevas formas empezaría una vida nueva.

Después de los cineastas, vinieron otros. Y luego, otros.

Hasta que, al final, ya entrada en una segunda madurez,
apareció Oriol, que no era cineasta, pero casi.

Se la lleva a Arenys de Mar donde, como parte de la asociación cultural El Moll, la Odina tiene la oportunidad de conocer gente nueva.

Participa en *trobades*, en eventos culturales, en limpiezas de playas e, incluso, en bodas, llevando novias y novios.



Pero un día se amorra en la playa.

Y las olas la atraviesan sobre la arena.

Y no puede salir.

Atrapada, desesperada, pensando que es el final,
pero sin rendirse.

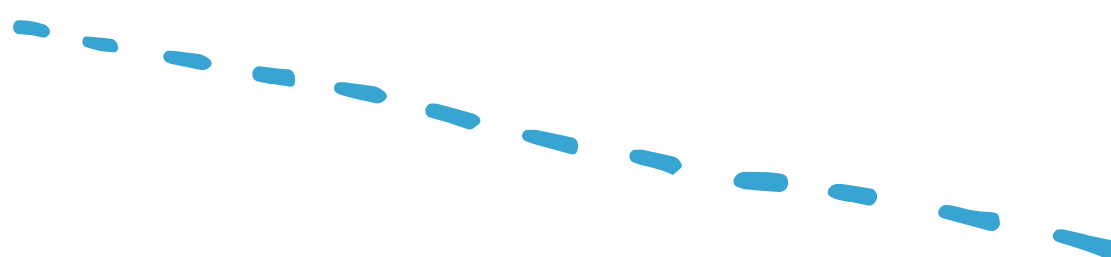


Llaman.

Una llamada de teléfono a Marc que, con Montse, se encontraba en mi bungalow del camping Carlitos, que compartía esos meses con Beñat, un vasco que hacía prácticas de carpintero de ribera en El Moll.

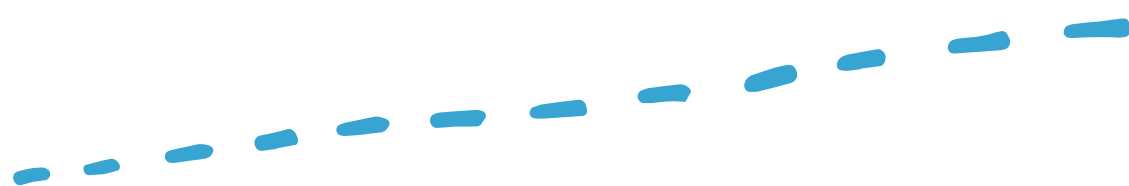
“Que la Odina está encallada en la playa...”

“Que tenemos que ir a sacar a la Odina...”



Marc y Montse van hacia la playa.

Beñat y yo vamos al muelle, donde está Max, el mecánico.
Tiene la Sa Illa con el motor en marcha, esperando a su hija para salir al rescate con nosotros.



Embarcamos.

Y salimos en busca de la Odina.

Al llegar, nos encontramos a la Odina recostada en la playa.
La hélice dando vueltas, moviendo arena y agua.

Oriol estaba en la playa, empapado, mirando como si eso no le
estuviese pasando.

Intentamos sacar la Odina de la playa tirando con la Sa Illa.
Tiramos y tiramos.
No salía.

Hasta que las personas que estaba en la playa se pusieron todas
a empujar. Y al fin salió.

Nos alegramos mucho.

Pero, en cuanto flotó, y la quilla dejó de tocar la arena del fondo,
se hundió, dejando solo a flote la amura de estribor.



Conservaba aire bajo la cubierta, que no dejaba que se hundiera.
La Odina nos miraba, suplicándonos que no la abandonásemos.

La remolcamos hasta el varadero.
Al intentar levantarla con la grúa, algunas de las tablas del casco
se desclavaron.
Sus cuadernas, cansadas, no podían aguantar los clavos.

La Odina estaba herida, pero viva.



Una vez colocada sobre la cuna para transportarla, le pregunté a Oriol: “¿Qué vas a hacer?”.

“Repararla”, respondió.

Le dije: “¿Seguro? Piénsalo”.

“No hay nada que pensar”.

Con la cuna, se la transportó a El Moll.
Al lado del Margaret Alison.

Los días siguientes, después del incidente, Oriol no era aún consciente del daño que había sufrido la Odina.

No tanto por la importancia de la varada en la playa, sino por el estado real de sus cuadernas y tablas.

Ya estaban mal.

Las tablas, sueltas.

Las cuadernas, la mayoría, podridas o rajadas.

Las costuras de las tablas, sin estopa que las apretara una contra otras.

Al varar en la playa se reveló que no era un agujero lo que tenía la Odina.

Estaba todo suelto y ninguna pieza se unía a otra.

Fue muy duro ver como a Oriol le costaba entender la gravedad del asunto.

No queríamos hacerle daño, pero había que decírselo bien.

Una vez le expliqué que la Odina era como un melón: que si lo abría tendría que comérselo como estuviese.

Muchos le dijeron que no valía la pena arreglarla.

Que la quemara.

Que era una locura...

Pero él,
desde el primer minuto,

dijo que no había nada que pensar...

Empezamos a repararla.
Marc, Beñat y el individuo.

Luego llegarían los voluntarios que estaban trabajando en la Sa Illa.
Toti, Bea, Manuel, Antonio.

Más adelante se unirían al grupo:
Alejandro y Agustín “el tocayo”.

Reparar la Odina está lleno
de momentos maravillosos.

Momentos de alegría.
De compartir conocimiento y felicidad.

Un día se preparaban 4 tablas y al día siguiente se colocaban.



La humeante estufa funciona todo el día,
reclamando su protagonismo en la
empresa.

Ver salir las tablas calientes te motiva a
colocarlas rápidamente.

En ese momento, empieza lo más
excitante.

Y de repente, se oye:

"¡Que quemaaa!"

"Cadena"

"Chazo"

"Simbarra"

"Tocayo, puntal"

"Cuidado con la cabeza, Toti"

"Me cago en todo, maestro"

"Bea, no quedó tan mal"

"Los putos amos somos"

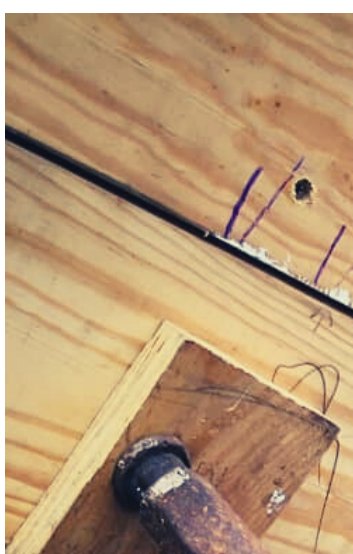
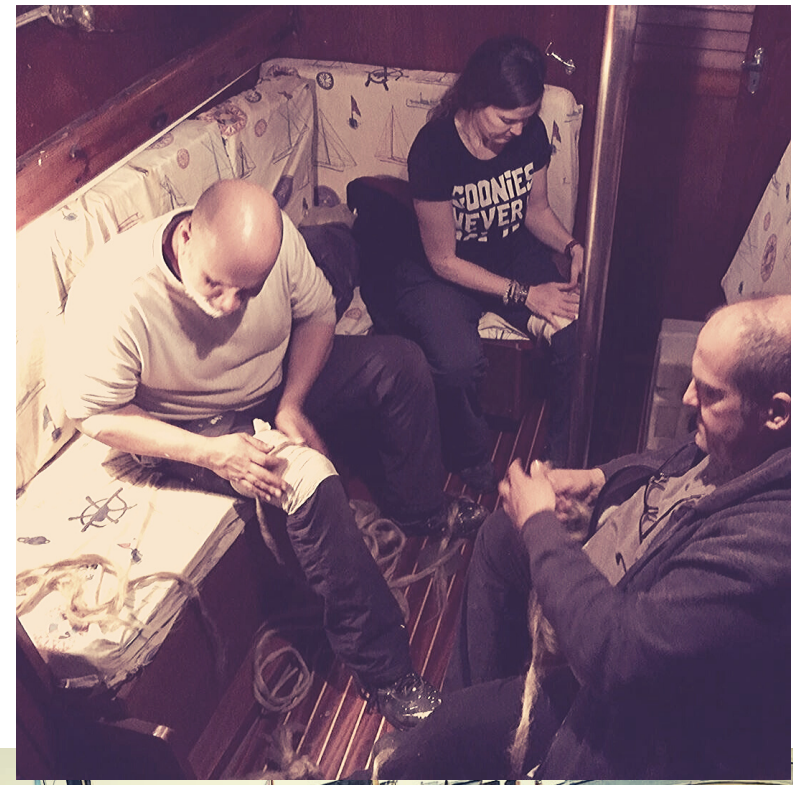
"A clavar el tope"

"Taladro"

"Puntal, Alejandro"

"Tornillo aquí"

"Mandanga fina"



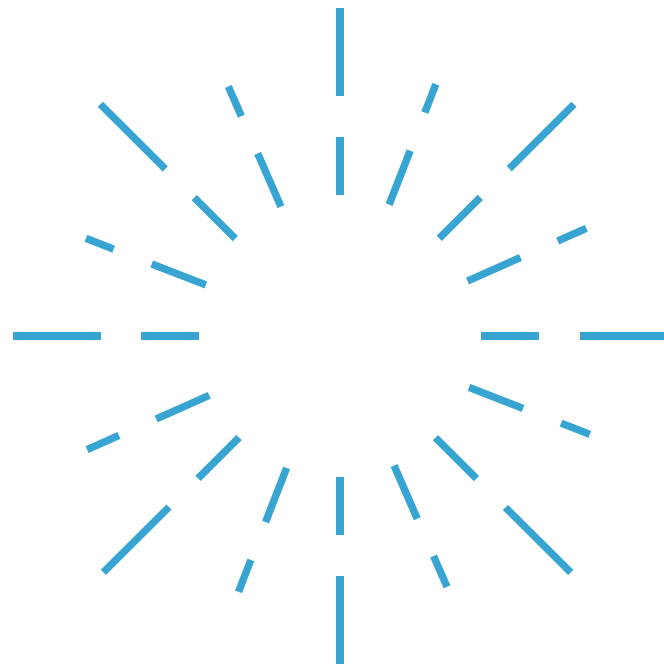


Estos momentos mágicos vividos con estas personas maravillosas.
Y las historias que me contaba la Odina.

Y un día, como otro cualquiera, sin poder remediarlo, quedo atrapado en sus cuadernas.
Y paso a formar parte de su historia, de la que no me había sentido hasta ahora.

Me acerco y le digo: “**Mi Odina**”.

El individuo no vino a Arenys de Mar a reparar la Odina. El individuo vino atraído por el Margaret Alison, un ringer escocés de 14,50 metros de eslora y más de 80 años de vida. Otra historia que ya les contaré más adelante.



Permítanme que me presente:
el individuo soy yo,
Agustín Jordán Romero,
un artesano carpintero de ribera.

El individuo nació el 11 de agosto de 1967 en
Arrecife, Lanzarote, en el barrio de Altavista.

Soy el tercero de cuatro hermanos:
dos chicas y dos chicos.
Mi hermano mayor Isidro, Alicia, el individuo
y Encarna.

Mis padres, Agustín y Alicia.
Arrecife era una ciudad muy pequeña.



#Odina1948

Dedicado a Oriol.

Oriol, déjame que te cuente que tu amor por la Odina
no me dejó indiferente. Tenía que trasmitirte lo vivido.
Gracias por dejarnos participar.

Autor: Agustín Jordán Romero

Corrección y maquetación: Beatriz Martín Valcárcel

Créditos de las imágenes: @elmoll.arenys, @agustinjordanromero, @zigiella y @totimonfort

Contacto vía Instagram a través de: @zigiella

Arenys de Mar. Abril 2020.



De este documento se permite que cualquier persona pueda descargarlo y compartirlo con otras personas, siempre que se reconozca su autoría, pero no se debe modificar ni se puede utilizar comercialmente.



P'ALANTE

SIEMPRE

